

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UN FENOMENO ACTUAL

DUDAS ACERCA DEL HUMOR

ULTIMAMENTE, a nuestro alrededor, se está produciendo una admirable floración de papeles humorísticos. Soy cliente regular de varias de estas revistas, y, en general, me lo paso en grande con sus monos y sus comentarios. Quizá lo mejor va a cargo de los dibujantes. No importa. El conjunto merece las mayores consideraciones. Por lo demás, se trata de un fenómeno cuyo alcance «histórico» nadie sabría negar. Tras muchos años de cuarentena rigurosa en tales materias, las actuales condescendencias administrativas dan como resultado una sensación de euforia bastante visible. De momento, todavía se percibe una clara contención en quienes juegan el juego, y el repertorio de tabús o de timideces, forzoso o autoimpuesto, sigue siendo amplio y profundo. Basta echar una ojeada a la prensa similar de otras latitudes, para medir y comprender los límites de la local. Pero menos da una piedra. La gratitud del lector, en principio, es apreciable. Hemos pasado del chiste clandestino, truculento por necesidad, al chiste público, igualmente corrosivo si se quiere, aunque con la ventaja de una formulación excepcional, ingeniosa por partida doble. El trámite es más higiénico. Y la dosis de «crítica» digamos «social» que así se difunde y plantea encuentra también una posibilidad de examen digna de todo encomio. La frontera entre el humor y la sátira nunca fue demasiado fácil de establecer: en el supuesto, claro está, de que pueda haber un «humor» que, de algún modo, no sea «sátira»...

No me atrevería, ahora, a insinuar un «juicio» —una opinión personal— respecto a la plañilla del naciente o renaciente humorismo celtibérico, globalmente estimada. En ella hay de todo, como en la viña del Señor. Me abstendré de señalar con el dedo porque el gesto estaría en contra de todas las reglas de urbanidad habidas y por haber. Sin embargo... Doy por descontada la eficacia «catártica» —y dejo entre paréntesis el espinoso problema de si es o no «útil»— de las bromas proyectadas sobre la política del instante, o la burocracia, o lo que se presente, a ese nivel. No olvidemos, con todo, que dicho tipo de burla puede nacer de las más diversas premisas ideológicas, y a menudo, el confusionismo se impone a través de una sonrisa archijustificada. Tentando en cuenta que el jolgorio de las caricaturas re-

cientes carece de tradición inmediata, y que sus autores han carecido de oportunidad o de exigencias para «definirse», no hay razón de reproches. En el fondo, una caricatura de periódico «equivale» a un editorial: sólo que, prácticamente, nadie admite que la comparación sea válida. Lo cual, por cierto, da al caricaturista unas opciones de desenvoltura que le envidia, sin duda, el redactor de artículos doctrinales. El rincón del humor de actualidad —gráfico— es subalterno y sin compromiso. Se concibe como «humor», precisamente: como una irreverencia breve y leve, distensiva, relajante. Las circunstancias mandan, y ya se sabe cuáles son sus perspectivas.

Insisto: el choteo puede provenir de un lado o de otro —y no sólo hay «dos» lados—, y la risa final no controla la diferencia. Habría que poner un poco de cuidado en estas cosas. Por muy explicable que sea la carcajada, conviene no engañarse acerca de las motivaciones de quien nos la sugiere... Pero mi aprensión va mucho más allá. Puesto a ejercitar la bafa, que es lo suyo, ¿cuáles son las «dianas» que se propone el humorista? Me lo pregunto con cierto malestar. Tal o cual dibujante, presuntamente diáfano en sus propósitos cuando se dedica a poner en la picota los amargos desahogos de nuestra sociedad, no vacila en alargar la irrisión sobre las víctimas de esa misma sociedad. Lo que se conoce con la etiqueta de «humor negro» —en su peor trivialidad— sirve como ejemplo. Los chistes a costa de tullidos, de ciegos, de subnormales, son frecuentes —y no sólo entre nosotros—: siempre y por definición, son chistes reaccionarios. Más aún: reaccionariamente crueles. Montados, además, sobre una crueldad gratuita, que, por serlo, es resultadamente ofensiva. Se ve a la legua que el dibujante pertenece a la «clase» privilegiada de la «salud perfecta». Supongo que su vena se estañaría rápidamente si su distinguida esposa le ofreciese un bebé mongólico, o si sus propias extremidades sufriesen un mínimo de parálisis o de amputación. El «humor negro» es uno de los más infalibles: de los más fáciles. No falla la risa a expensas del lisiado, cuando se sitúa —perversamente— al lisiado en un contexto normal.

Y podríamos ampliar la nómina de curiosas «humoradas» que se inspiran y sostienen en nociones éticas y, desde luego, políticas, de

un «oscurantismo» granítico. Cuando un humorista se lanza a manipular su técnica del grotesco, y la aplica a un enfermo, a un anciano, a una señora gorda —por ser gorda—, a un homosexual, a un labriego irremisible, al «tonto del pueblo», enseña la oreja de sus reales y recalcitrantes prejuicios. Tremendos prejuicios, según se puede advertir. Y no digo que incluso la más dramática situación vital, o social, no presente una faceta cómica: es lógico que el humorista la aproveche, ya que éste o eso es su oficio. Añadiré, a escala personal, que, en mi concepto, no existe nada que «per se» sea absolutamente respetable. Pero estamos metidos en un lío grandioso, cotidiano y aberrante, en el cual una simple «risita» representa un extremo de complicidad vergonzoso. De un tiempo a esta parte han amainado los chistes de judíos y de escoceses, y los chistes de baturos y de viajantes de comercio catalanes casi pertenecen a la arqueología. La denuncia del «racismo» y la disolución del folklore ha atenuado estas intemperancias. Otro aspecto en decadencia es el del enseñamiento profesional: contra los médicos, contra los curiales del foro, etcétera. Pero ese «humor negro», centrado en la mera distorsión biológica o en cualquier episodio de miseria física, constituye una invitación a la suspicacia.

El tema da mucho de sí. La sátira es tan antigua como el mundo. Una recapitulación de la obra de los escritores que la han cultivado —los monigotes sarcásticos son de origen próximo, vinculados a los efectivos de la tipografía— sugiere conclusiones pesimistas. El «poeta satírico» nunca se distinguió, hasta ahora, por demasiadas veleidades «progresistas». Más bien todo lo contrario. La mayoría de los literatos que se entregaron a esta actividad, coinciden en unas características aparatadamente alarmantes. La sátira —dicho sea sin contemplaciones— tiende a ser conservadora, y, bien mirado, ultraconservadora. Desde Aristófanes o Juvenal, pasando por Jaime Roig y Quevedo, hasta Huxley o Ionesco, la lista insigne no deja lugar a recelos. Tal vez Rabelais o Erasmo, tal vez Voltaire... Habría que verlo. Aristófanes le tomó el pelo a Sócrates, y Aldous Huxley se apresuró a esbozar un «brave new world» adecuado a su malicia sardónica. Son dos hitos a retener. Una lectura de ese inmenso poeta que fue Quevedo proporciona más sospechas.

En la medida en que la sátira es un vitriolo, la tentación de quien la maneja acostumbra a ser la «sátira por la sátira», un parnasianismo como otro cualquiera, y feroz. Se pierde de vista el objeto y el objetivo de la maquinación, y sale lo que sale. Un análisis de las publicaciones de Siné o de Wollinski permitiría sacar deducciones de vidriosa perplejidad. Recomiendo un repaso de Quevedo, como modelo más cercano. Junto a ataques «justos», ¿cuántos resultadamente «injustos»?

En los países donde el hábito de la sátira no ha experimentado largas interrupciones, es muy probable que los disparos disparatados apenas causen molestias, y en la riada general de los debates vigentes diluyen sus aristas negativas. No lo sé. Aquí y ahora, los consumidores poco avezados a la mofa sistemática han de quedar desconcertados ante el reparto de pullas, tan alegremente fluido. Y quizá se inclinen a poner en el mismo saco de mordacidad la petulancia o las varices del preboste que la tragedia del manco y del cojo. Y no acaba en ello el asunto. La jovial algarada «desmitificadora», por lo que se ve, también es ciega sobre lo que, en definitiva, es el «contramito». Tras el lápiz zahiriense no siempre hay ideas claras. Tampoco las hay tras las plumas conspicuas, de variable graduación académica: huelga advertirlo. Pero casi nadie lee a los venerables barbas de la doctrina o de la floritura lírica, esencialmente aburridos, y, en cambio, la seducción de un chiste dibujado es vibrante, directísima. Las polvorientas teorías acerca de la «responsabilidad del escritor», a estas alturas, han entrado en el limbo de la arqueología. Ni siquiera en los cenáculos más ardientes se las toman en serio. Al sur de los Pirineos, por lo menos, aún cabe la posibilidad de ponerlas sobre la mesa respecto a los humoristas. Porque, por decirlo con el título de una remota pieza de don José María Pemán, «de ellos es el mundo». De ellos es, si más no, la expectación más cordial. De momento, Y convendría que la administración —se la administrasen— con la debida «responsabilidad». Sencillamente: que piensen que cuando nos inducen a reír con baldados y contrahechos —pongo por caso, y no es único— ellos y nosotros cometemos un triste pecado de complicidad con el Demonio. Y ya se me entiende.

Joan FUSTER

LOS BRINDIS DEL TIEMPO

HAY algo en este paisaje, que recuerda la muerte...», había dicho yo a Gesualdo Tecchi, apenas llegados los dos a la finca del barón Hans Buschan, contemplando apoyados en la balastrada la lenta y vasta decadencia de la tarde. Gesualdo se encogió de hombros. Señaló hacia abajo, hacia la abismal extensión del mar, de un azul claro, glorioso, centelleante: «Fijate en el "Santa Sofía", pequeño como una uña...» El yate estaba allí, inmóvil, irreconocible, sólo un punto entre los tenues rizos del agua que más parecían un trapo inmenso que fuera arrugado, ligeramente, por el viento. Nada podíamos percibir de su casco blanco —veinte metros de eslora—, de la alegre bandera italiana, del mayestático puente de mando que Gesualdo, con irónica fatuidad, le había agregado. Era, simplemente, un signo: el signo de un concepto que, en aquellos momentos, sólo existía en nuestra mente.

Los «faraglioni» de Capri son espléndidos: una altura soberbia, deshumanizada, sobre cuyo magno vacío las gaviotas describían morosos círculos inútiles. El sol se ponía por la otra vertiente de la isla: el agua al pie de los farallones comenzaba a adquirir, sumergida ya en los primeros atisbos crepusculares al caer sobre ella la sombra de la roca, una tonalidad grisácea, que a veces derivaba hacia lo negro y otras parecía recorrida por un soplo argenteado. El contraste con el resto de la mar, abierta, celeste, era total. El viento, rozando las cimas, era suave y lento, parecía provenir de un lugar remoto. Nubes lechosas, una difusa neblina, cerraban el horizonte de Nápoles. Sólo fragmentos del Vesubio, como si fueran otra totalidad de la nube, más oscura, se dejaban ver unos instantes.

Todo esto ocurrió a finales de agosto, el año pasado. Gesualdo Tecchi produce películas, más bien documentales entre sociológicos e histórico-paisajísticos, para la televisión. Lo conocí hace unos años, en Pennsylvania: intentaba filmar aspectos de la vida de los «amish», esta secta puritana, con su rígida moral ancestral, que vive en sus granjas, entre las herbosas praderas, de espaldas al maquinismo, sea la luz eléctrica o los automóviles. Me propuso, después, escribir el texto de un documental sobre las islas mediterráneas. Acepté por una sola razón: porque me daría a conocer, en su yate, las que yo no había visitado todavía. Y en Capri me arrastró a la fiesta del barón Buschan, capitosté de no sé qué cadena alemana de televisión, con ramificaciones en Austria.

Aquel día yo estaba cansado. Había estado viendo, durante más de dos horas, repitiéndolas, una serie de fotos fijas de Malta, sin que se me hubiera ocurrido nada aprovechable que endilgarles. Acepté subir a Annacapri a la casa del barón para aprovechar y hacer otra visita a San Michele, la que fue mansión de Axel Munthe, donde estuvo hace media docena de años. Extraño contraste, el de los fríos mármoles de Munthe, entre la aplastante, cálida visión de una Naturaleza desorbitada... Pero al llegar arriba, San Michele —hoy un museo— ya estaba cerrado.

Quizá fueron demasiadas decepciones para una radiante tarde de verano. El gran arco del cielo, los acantilados, el resplandor del sol, pesaban sobre mi ánimo como una losa. Me sentía inquieto, disgustado... En casa de los Buschan casi sólo saludé a los anfitriones, que abrazaban eufóricos a todo el mundo en un amplio salón lleno de espejos venecianos que fingían extrañas dimensiones, como un delirio onírico. Procuré, en la terraza, situarme cerca de una botella de whisky y un cubo de hielo, dispuesta a ensimismarme ya en el deslizamiento melancólico.

Gesualdo me palmoteó la espalda. «Estoy harto del barco y tú, aquí acodado, parecías también un pedazo del "Santa Sofía". Brinda por esa muerte que recuerdas, que yo voy a darme

UNA NOCHE DE CAPRI

un garbeo por ahí, a brindar con los vivos y con las vivas», dijo, y contemplé como su cuadrada cabeza, ya muy cana, y su blanca americana cruzada, revoloteaban entre la gente, desbocada la sonrisa.

Ligeras capas rojizas afloraban en el cielo. El sol, invisible, sólo era ya un garbeteo de ramalazos anaranjados por encima de las montañas, entre los pinos, y la mar comenzaba a adquirir una pálida y azulina luminosidad interior, fría, preludio del cercano crepúsculo... Sí, cavilaba yo, apurando la helada empalagosidad del whisky, este latir eterno, como de un gran cetáceo, del paisaje, empujéme al hombre, sus ideas, sus proyectos. La civilización moderna se ha hecho en espacios cerrados: ciudades, casas. En lo agrario, en el mar, hay siempre un hábito de destrucción contra todo lo humano, invariablemente absorbido, sustituido y vuelto a absorber por la abrumadora indiferencia de la Naturaleza. Por su bestial fortaleza...

«Bueno, voy a brindar contigo...», murmuró, a mi lado, una voz queda. Me volví: era Gesualdo, con sonrisa desangelada, aunque un rictus, un amago de ironía, esa constante suya de querer conservar el equilibrio, la matizaba. Habría pasado media hora. O más. «¿Qué te ha ocurrido? Pareces algo pocho.» Se calló durante un rato. Se iniciaba en la tierra y en el mar, una tímida aparición de lucecillas. La turbiedad de la noche en cierno sumía la isla, el golfo napolitano, en una atmósfera de borrosa aspereza. Por fin, Tecchi habló:

—Te lo explicaré. O me lo explicaré a mí mismo, y quizá me quite esta maldita impresión que se me ha quedado metida... Una señora se me ha acercado. Me ha besado, hablando y riendo. Si te vuelves la verás: es la que lleva el traje de noche como de arpillerá bordada en hilillos plateados. La rubia, con la desbordada cabellera. Está gorda, bueno, casi, y tiene una piel gastada, que comienza a estar flácida, muy requemada. Yo he dicho cuatro tonterías, sin acordarme de quién es, aunque algo en la mirada, en la forma de poner las manos —unidas, como si rezara, alzando los brazos—, parecía despertar en mí como un eco de familiaridad. «¿No me reconoces? Vamos, hombre, soy Sandra», ha dicho estallando en una carcajada, cogiéndome por un codo.

«Sandra... Oye, ha sido como cuando filmamos en un estudio y damos de golpe todos los focos: te quedas parpadeando, atontado. ¿Sabes que Sandra fue mi primera novia, durante toda una primavera y un verano? Imagina, yo tenía veinte años. La guerra había acabado. Mi padre, bueno, ya lo sabes, había colaborado con los alemanes y fue juzgado y metido en la cárcel. A mí me había salvado de ir al frente y me pasó la guerra en Génova, en unas oficinas que controlaban la actividad portuaria, en la actual avenida de Antonio Gramsci. No sé cómo se las apañó mi madre para salir de la ciudad y trasladarnos a Siena. Bueno, al campo, a una finca de la abuela. Todo eran colinas terrosas, desnudas, marrones, que al atardecer se incendiaban con el último sol. La finca estaba rodeada por un inmenso jardín, casi un pedazo de bosque. Hacía mucho tiempo que no la habían regado y andabas por allí y la hojarasca, las ramas caídas, crujían estentóreamente, haciendo callar a todos los pájaros. Yo salía a andar, solo, pensando en qué le ocurriría a mi padre, en qué podía pasarme a mí, y era como si una muchedumbre invisible caminara también a mi alrededor, con aquel ruido seco, crepitante...

«Tendría mi edad, Sandra. Era morena, delgada, y su obsesión eran los pájaros. Su padre era, o había sido, porque fue depurado por Mussolini, profesor de Biología o algo así en Siena. Sandra iba mucho al jardín de la abuela, donde anidaban cantidades increíbles de pájaros. Los dibujaba, observaba los nidos, las formas de volar. Llevaba un gran cuaderno, de hojas

rígidas, como cartulinas, y una caja de colores, pastosos. Creo que yo enloquecido me embriagué, tanto da: la besaba durante horas, sólo quería besarla. Vivi rebosante de ella durante aquellos meses... Reía mucho, Sandra, mucho, y cuando se movía cautelosa hacia cualquier pájaro que cantara sobre un rosal, sus gestos, las miradas que me lanzaba a mí, iluminadas, intensas, indicándome la bestezuela multicolor, es algo que jamás olvidaré. Sí, jamás... La conocí un mediocidio, el aire quieto, una calor terrible. Dibujaba un jilguero. Llevaba un vestido amarillo. El pelo, negro, casi al rape... «Míreme, míreme», me dijo sin darse cuenta de quién era yo, incluso de si era alguien, mirándome de través, alzando los brazos con el dibujo...

«Ahora hace los mismos gestos... ¿Te has dado cuenta que lo que envejece es la carne de las personas y no cuanto hacen o dicen? En un joven, un gesto, unas maneras de expresarse, tienen ligereza, una gracia como de juego. En un viejo, a veces son ridículos, otras penosos. Y son idénticas, sus maneras, sus expresiones, de treinta o cincuenta años antes. Pero el cuerpo ha sufrido el arrasamiento del tiempo... Es lo que somos y no lo que hacemos, lo que envejece...

«Bueno, el caso es que nos separamos a finales de verano. Yo tuve que ingresar en el Ejército. Ella se trasladó a Milán con su familia. No la había vuelto a ver. Nunca sabré si me enamoré tanto de ella porque yo era joven o porque su belleza y su gracia eran excepcionales o porque si la convertí en la evasión de todos los temores que me cercaban. Pero la quise mucho. Y hoy no la he reconocido... Al decirme «Soy Sandra», me he quedado estupefacto: ¿cómo demonios no he adivinado o visto en ella todo, o al menos una parte, de lo que representó para mí? Porque, te lo garantizo, esta mujer «no era» aquella: es una completa desconocida. Y me he sonreído, mientras ella hablaba: claro, esta Sandra ya no es la que yo amé, es otra, me he dicho. Y es cierto. La miraba con un poco de lástima, la he propuesto acercarnos al bar y beber champán para «conmemorar» el encuentro. Encuentro con la nada, me decía yo...

«Cuando alzaba la copa para brindar, me he visto de pronto en uno de los malditos espejos de Hans: estoy gordo, como hinchado, plagado de gruesas arrugas que me van de la nariz a la barbilla, que me surcan la frente: mis gestos son pesados, absurdamente ampulosos... Sí, no era, no, que yo me hubiera encontrado con la nada, que aquella Sandra ya no existiera; tampoco aquel Gesualdo de 1945 no existe ya. ¿Entiendes? Yo no he podido encontrar a Sandra, porque también el que fui ha desaparecido. Ya soy otro, como ella.

La negrura de la noche era absoluta y las luces, hundidas en el abismo, rutilantes. Había calmado el viento y los grillos atronaban, sobre un fondo quedo, susurrante, de las parcas olas que se desharian en los acantilados. No contesté, apurando quizá mi octavo whisky.

Gesualdo se rió, chillante. «Me he deshecho de ella. Pero me queda la copa de champán: brinda tú por eso de la muerte que te ronda, que yo brindaré por la muerte de aquel que fui.» Y bebí de un trago.

Yo continué callando. Puede que fueran los whiskeys, puede que la noche aislándome del paisaje y arropándome, pero lo cierto es que comenzaba a sentirme alegre. Miré hacia los demás: había lo menos seis o siete chicas preciosas. Murmuré algunas convencionales filosofías a Gesualdo y me fui hacia el bullicio, ligero, dejándole apoyado en la balastrada, colgándole absurda la chaqueta, desabotonada.

Baltasar PORCEL